



Yo, modelo

La moda es muy importante para mí. Mi “look” durante los últimos veinte años ha sido “desastre en la tintorería”. Compró a contramano. Cuando puedo darme el lujo de comprarme un nuevo conjunto, tiene que tener algo mal. Mi línea favorita de ropa es Comme des Garçons [como niños], diseñada por la genial dictadora de la moda Rei Kawakubo. Ella se especializa en ropa rasgada, torcida, arrugada, ropa cara y diseñada para que quede mal. Lo que antes se llamaba “segunda selección” (ropa en oferta debido a irregularidades accidentales en los sótanos de rebajas de las grandes tiendas) ahora se llama “alta costura”. La Srta. Kawakubo es mi Dios. El historiador de moda Kazuko Koike ha dicho que Rei es “prácticamente la líder de un movimiento religioso”. Me pongo de rodillas ante la destrucción de las reglas de la moda de Rei. Es formidable, solitaria, intimidante y ha descripto su trabajo como un “ejercicio de sufrimiento”.

Las críticas a la Srta. Kawakubo han sido en su mayoría brillantes, pero las malas me ponen más orgulloso de usar su ropa: “inservible”, “post-atómico”, “ese look encogido y sin esperanza”,

“gastado y desaliñado como saldos del Ejército de Salvación”, y, el mejor de todos, “la moda teniendo un ataque de nervios”. “Siempre soy más o menos insoportable”, admitió Kawakubo a Judith Thurman en un perfil revelador del *New Yorker* en 2005. Llevando puesto lo que la Srta. Thurman describe como “el accesorio favorito de Rei: una expresión adusta”, Kawakubo declaró que ella y su esposo Adrian Joffe (presidente de su compañía, a quien ve una vez al mes) viajan, entre colecciones, a “Yemen o Rumania” para... ¿qué? ¿Divertirse? Cuando Thurman le pregunta “¿Qué hace reír a Rei?”, ella contesta sin inmutarse, “la gente cuando se cae al piso”.

Escuché acerca de Comme des Garçons por primera vez en 1983, cuando Gina Koper, mi amiga de Baltimore que ahora vive en Nueva York, me dijo “Tienes que ver este nuevo local de moda que abrió en mi barrio, ¡no lo vas a creer!”. Como sabía que Gina entendía de diseños radicales por haber trabajado cuando era adolescente en Baltimore en un local de ropa para hombres de estilo *Super Fly* llamado Purple Bone, fui con ella con muchas ilusiones. La primera boutique de Comme des Garçons en los Estados Unidos estaba en la calle Wooster del Soho y parecía una morgue. Un puñado de prendas negras arrugadas yacían como cuerpos heridos en la mesa de autopsias. “¿Eso es un sombrero o un tapado?”, preguntaban los clientes nerviosos al personal de ventas altamente intimidante (o como los llamaría más tarde Rei, “co-combatientes”; “Somos el ejército de Comme des Garçons. ‘Personal’ es una palabra muy aburrida”). Estaba asombrado por el descaro y la inteligencia del diseño de indumentaria japonés. Muchas prendas parecían recién salidas de la batea de ofertas del local de ropa usada Purple Heart de Baltimore, pero como diría más tarde *Vogue*: “La destrucción tiene su precio y no es barato”. No me alcanzó para comprarme nada esa vez pero esperaba que algún día sí. De repente me sentí como un drogadicto que consumía su primera dosis de heroína. Estaba a punto de convertirme en un adicto a Comme des Garçons y en una de esas, si trabajaba duro, Rei Kawakubo podría ser mi dealer. Me fui del local sintiéndome como un rey.

Siempre me importó la vestimenta, pero me revelé tempranamente contra el look pacato que mis padres deseaban que tuviese. Todavía hoy me revuelve el estómago ver un par de pantalones caqui. Tan pronto como salí de casa y me mudé al centro de Baltimore descubrí los negocios de ropa usada, y vaya si teníamos buenos lugares. Todavía tenemos. ¿De dónde piensan que sacan todas sus cosas los negocios de ropa vintage de Nueva York? La “Ciudad encanto” está a solo tres horas y media al sur en auto e, incluso cuando en la actualidad hasta el empleado más mutante de un local de ropa usada en el gueto más cerrado sabe lo que es un brazalete de baquelita, Baltimore sigue siendo más barato que cualquier otro lugar. Nuestro local de moda favorito en los sesenta era el Carry On Shop, por entonces ubicado en la calle Howard del centro. La mayoría de la ropa era donada por gente rica asociada al Hospital Johns Hopkins, que también administraba el local. Recuerdo el día de “Llena tu bolsa por un dólar”, en el que todos los Dreamlanders compraban sus looks para todo el año. Comprábamos tanta ropa ahí para nuestras primeras películas que eso parecía el departamento de vestuario de la MGM. E incluso en los días normales, cuando los precios estaban un poco más caros, éramos creativos. Sobre todo Divine y David Lochary. Indignados con que una prenda costase más que tres dólares, comenzaron a llevar su propio equipo etiquetador de precios: cartoncitos similares a los de los precios, un crayón del mismo color del utilizado en el local y una pequeña y confiable abrochadora. Arrancando las etiquetas originales, anotando el precio que ellos pensaban era justo y abrochándolo de nuevo en la prenda lograban que la ropa de estilo estuviese al alcance de los fanáticos de la moda más pobres.

Por supuesto que había locales de ropa usada más baratos, pero debías buscar mucho para encontrar algo bueno en sitios como Hadassah, un verdadero antro que rechazaban hasta las personas sin hogar. Tal vez lo que tenían era gratis, no recuerdo. Pero pueden ver a Divine robando allí en una escena de *Mondo Trasho* fil-

mada mientras el negocio estaba abierto, con clientes reales y sin permiso. Vestida con un atuendo de torero de lamé dorado y una peluca rubia despeinada, Divine simplemente entra y comienza a ver los vestidos, algunos tan apretados en los roperos que casi no se podían mover las perchas, mientras yo filmaba todo con mi cámara muda de 16 mm. Supongo que alguien estaba trabajando ese día, pero con la clientela que solían tener ahí, el encargado ya lo había visto todo y obviamente no le importaba lo que fuera que estuviésemos haciendo. Las bateas de ropa eran aún peores, repletas de prendas manchadas y apestosas que incluso los reclusos de los pabellones de aislamiento de los manicomios estatales rechazarían. Pero si revisabas lo suficiente y no te importaba tener un sarpullido, podías, si tenías suerte, encontrar un maravilloso vestido largo de los cincuenta que ya nadie usaba a fines de los sesenta. Y podría costarte cinco centavos.

Durante esa época, la generación de nuestros padres acababa de tirar toda su ropa de los treinta y cuarenta, y debido a que esa ropa estaba recientemente fuera de moda, nuestra pandilla comenzó a vestirse como si estuviésemos en una película de Busby Berkeley de bajo presupuesto. Pronto me cansé del look Dick-Powell-bajo-el-efecto-de-las-anfetaminas y cambié hacia un estilo propio que ponía nerviosos hasta a los locos de las anfet. Me encantaba encontrar las camisas de vaqueros más horribles, con guitarras o cabezas reducidas, o mi favorita: tarántulas gigantes (Stiv Bators más tarde le arrancó las mangas y la usó en *Polyester*). Encontré una campera que era un uniforme para una especie de compañía de paseaperros o de perros de vigilancia que tenía un ovejero alemán gigante gruñendo en la espalda y la usé durante años (me pueden ver con ella en la portada del disco *A Date with John Waters*). Los zapatos puntiagudos de gamuza se conseguían con facilidad antes del punk y los llamábamos “patea-mierdas”. Con mi cuerpo de casi un metro noventa y sesenta kilos, un bigote insipiente y el pelo grasiento triunfé al horrorizar incluso a los entusiastas de locales de ropa usada más experimentados.

Luego, en 1970, en un intento infructuoso por robar la identidad de Little Richard, me dejé crecer mi bigote fino. Al principio no funcionó bien. Es difícil que le crezca uno tupido a un hombre blanco que no es tan peludo. Seguro, me afeitaba la parte superior con navaja y recortaba la de abajo con una tijera de cutícula, como sigo haciendo todos los días, pero así y todo se veía algo lamentable. Luego, mi amiga “Sick”, que solía vivir en Provincetown y que se había mudado a Santa Bárbara y cambiado su sobrenombre a “Sique”, me dio algunos consejos de moda cuando vivía con ella. “Usa un lápiz delineador y funcionará mejor”, me dijo, y luego me mostró cómo hacerlo. ¡Presto! Un look “icónico”: un chiste ridículo de moda que sigo usando cuarenta años más tarde. ¿Sorprendidos? ¡No lo estén! ¿Se llama “bigote de lápiz”, no? Y existe un solo lápiz que sirve para este truco: Maybelline Expert Eyes color negro terciopelo. Toda mi identidad depende de esta pequeña varita mágica de inmoralidad. Tiene que ser afilado cada vez que se usa, también, que en mi caso es dos veces al día o algo así. Más si se anduvieron besando. Créanme, probé los lápices delineadores caros, que no se corren, pero son muy espesos, muy penetrantes, muy indelebles. Existe un solo lápiz delineador para mí, ¡y ese es el Maybelline!

Siempre llevo uno en el bolsillo, tengo otro en mi auto, y otros de respaldo en cada una de mis casas. Una vez estaba en el hospital tras haber sido asaltado y supongo que debido a mi contusión me había olvidado de llevar mi Maybelline. Tenía tanto pánico que rengueé hasta el espejo y traté de hacerlo con un lápiz negro común. No funcionó. Como sabía que las únicas visitas que tenía ese día eran mis padres, decidí involucrarlos. No tenía mucha opción. Desde luego, nunca habíamos discutido cómo me hacía el bigote. Acabo de recordar su expresión vagamente asqueada al verlo por primera vez cuando regresé de California. Teníamos tantos problemas en ese entonces que el bigote debía ponerse en la fila y esperar su turno. Mordí el polvo, llamé a mi madre y le dije: “No preguntes, ve a la farmacia, consígueme un lápiz delineador

Maybelline color negro terciopelo y tráelo al hospital”. Silencio del otro lado. “Bueno”, murmuró finalmente con notoria molestia. Cuando mamá y papá entraron en mi habitación, ella escondió el preciado paquete detrás suyo y me lo dio sin que mi padre lo viese. Jamás volvimos a hablar de eso.

A veces me olvido de ponerme el bigote y debo merodear como Clark Kent en busca de una cabina de teléfono hasta que encuentro un espejo lateral de algún auto en una calle poco transitada (¡difícil en Manhattan!) o un baño público donde pueda reparar, sin ser observado, el daño a mi imagen. Recuerdo que una vez empecé mi día con una visita a la galería de arte de Mary Boone ubicada en el centro. Mary salió de su oficina, me miró y lanzó en un tono de horror, “¿Qué le pasó a tu bigote?!”. Me di cuenta del problema y, sintiéndome desnudo en público al instante, murmuré una excusa sobre la iluminación del lugar y me fui inmediatamente. Volví deprisa a casa en la privacidad de un taxi, me lo dibujé y empecé nuevamente mi día.

También ustedes pueden tener una marca icónica. No se trata de tener dinero, se trata de tener un look. La hermosa activista negra Angela Davis, que ayudó a liberar a los Hermanos Soledad en los sesenta y terminó en la lista de los Diez Más Buscados del FBI, es recordada en la actualidad –para su disgusto– más por su peinado afro increíble que por su radicalidad. “Es humillante porque reduce la política de liberación a la política de la moda”, se quejó durante un discurso en Baltimore, llevando por ese entonces rastas rubias, lo cual dificultaba sentir demasiada simpatía hacia ella. Pero solo porque una persona se esté identificando como comunista, como ella actualmente, no significa que deba verse deprimente. Pueden ser inteligentes y ser conocidos por “El peinado” si hacen las cosas bien. Piensen en Mao: nadie le dice “La chaqueta”, tal vez porque nunca se quejó de ser etiquetado como una influencia para la moda. O en el Che, que puede haber sabido cómo usar una boina, pero en la realidad era un homofóbico que perseguía a “pelilargos” y homosexuales. Era un reaccionario

sexual, no un “amigo de Dorothy”; pero la gente canchera se niega a creer la verdad debido a su look icónico, lo cual demuestra que se puede adoptar cualquier ideología si el líder se viste bien. Se puede ser un marxista comprometido y a la vez un entusiasta de la moda. ¿Recuerdan al grupo Cockettes? ¿Esos *drag queens* barbudos de San Francisco de fines de los sesenta que, bajo el efecto del LSD, leían a Lenin, se ponían maquillaje estrafalario y creían de verdad que “la revolución” sucedería? Ellos eran influyentes y de izquierda, y su increíble comprensión del transformismo liberó a los *drag queens* de todas partes.

No necesitan diseñadores de moda cuando son jóvenes. Tengan fe en su propio mal gusto. Compren lo más barato en el negocio de ropa usada de su barrio, la ropa que está pasada de moda hace poco, incluso hasta para las personas más a la moda un poco mayores que ustedes. Pónganle de punta los pelos de la moda a sus colegas, no a sus padres: esa es la clave para el liderazgo estilístico. La ropa que no queda bien siempre está a la moda. Pero sean más creativos: usen la ropa al revés, dada vuelta, patas para arriba. Tiren lavandina en un lavarropas lleno de ropa de color. Sigán las instrucciones exactamente opuestas de lo que dicen las etiquetas de las prendas más caras del local de ropa usada. No usen joyas; péguense apósitos protectores en sus muñecas o háganse un collar con ellas. Usen cinta Scotch pegada al costado de sus caras como un intento fallido de lifting. Pónganse zapatos diferentes en cada pie. Mejor aún, hagan lo que solía hacer Mink Stole: vayan al negocio de ropa usada el día siguiente a la Noche de brujas, cuando los disfraces juveniles de *trick-or-treat* están en oferta, compren uno y úsenlo como su uniforme desafiante.

Pero pasados los cuarenta años se necesita toda la ayuda posible. Ese es el momento para recurrir a diseñadores y, créanme, Rei Kawakubo ha hecho posible que la gente mayor esté tan audazmente a la moda como los jóvenes. “¿Demasiado ricos? ¿Demasiado locos?” Sí, estos son los clientes de Rei, y estamos orgullosos de ser miembros de su culto en el “Planeta Rei”. Cuando conocí a la mo-

delo Linda Evangelista en un festival de cine en Francia me dijo que Rei Kawakubo “fue la primera en hacer que el poliéster cueste más que la seda”. Rei no es una diseñadora de moda: es una maga.

Todas las celebridades se verían mejor vestidas por Rei Kawakubo. ¿Por qué todas las estrellas de cine femeninas muestran las tetas en los Oscar? Pamela Anderson, Traci Lords, Mariah Carey e incluso Jessica Rabbit se verían mejor y mucho más sexies en una creación de Comme des Garçons; una que muestre confianza en la inteligencia minimizando intencionalmente sus curvas y haciéndolas lucir, según la descripción de un crítico del *Washington Post*, como si “hubiesen tenido una mala noche y se hubiesen acostado transpiradas y con olor a cigarrillo”.

Incluso Aretha Franklin podría beneficiarse. Podrá ser la “mejor cantante de soul de la historia”, pero ella misma diseña su ropa y alguien debería hacer algo. La dama del soul llegó incluso a usar una versión negra del vestido de cola rojo que usa Divine en *Pink Flamingos*, pero sin la gracia correspondiente. ¿No sería genial que Aretha nos sorprendiese a todos yendo a su próximo espectáculo con el diseño más famoso de Rei Kawakubo: el vestido “de la protuberancia”, denominado el “look Cuasimodo” por el periodismo de moda? “El vestido más feo del año”, tal como *Vogue* describió el modo en que fue recibido. El vestido con almohadillas incorporadas que “deformaban el estómago, la cadera o los hombros”, aquellas mismas partes del cuerpo que las mujeres más a la moda van a eliminar al gimnasio. Desde que Chanel lanzó el “vestido saco” en los cincuenta que ninguna prenda causaba tanta furia. ¿Acaso Aretha no acallaría a sus críticos de moda más severos usando el look “jorobado” de Comme des Garçons?! No intentes ser sexy con ciento cincuenta kilos, Aretha: sé innovadora. Exagera los bultos de tu cuerpo a través de la moda y nadie verá el peso real. Cualquiera que se llame a sí misma “la reina” y desee salirse con la suya tiene que tener las agallas necesarias.

Una vez modelé para Rei Kawakubo. En París. En esas carpas afuera del Louvre donde se dan a conocer las colecciones año tras

año. Estaba muy sorprendido de la propuesta pero no dejé pasar la oportunidad de un nuevo trabajo. ¿Yo? ¿Modelo? Supongo que Rei había visto fotos mías usando sus prendas en fiestas, o tal vez la gente de ventas le contó lo fanático que era. Antes de decir que sí, rogué que Comme des Garçons tuviera en cuenta mi edad (cuarenta y seis en ese entonces) y en una de esas me dejara usar algunos de sus atuendos más conservadores y no los más ridículos. Amaba los más ridículos, pero, por favor, dejen que los “verdaderos” modelos se paseen en ellos. Sin embargo, pronto me dijeron que no había “verdaderos modelos”. A Rei le gusta que su línea masculina sea modelada por amateurs –chicos europeos de la calle– que son reunidos para vestir sus prendas maravillosamente ridículas y hermosas en la pasarela.

Al llegar a los bastidores para el ensayo del día anterior al show, me di cuenta de que era el modelo más gordo entre los esqueletos displicentes de los pendejos callejeros, escuálidos y preciosos que se probaban sus prendas y reían entre ellos por sus maquillajes de Comme des Garçons. Mi primer conjunto fue un alivio: un traje negro con pantalones pescadores y una camisa blanca con una cola exagerada usada parcialmente fuera y colgando casi hasta las rodillas. Pero después vi el extraño sombrero. Ningún hombre se ve más estúpido con sombrero que yo. Oh, Dios, me preguntaba, ¿podría convencer a Rei Kawakubo de no usar el sombrero? Cuando la vi entrar, mis botas de Comme des Garçons temblaron. Allí estaba ella; vestida toda de negro con ese peinado de Louise Brooks y con aspecto de haber estado encerrada durante meses meditando sobre la deconstrucción de los dobladillos. Chicas peladas –sus asistentes, supongo– merodeaban a su alrededor. Cuando nos presentaron, le dije cuán orgulloso estaba de encontrarme allí y luego le rogué que me dejase no usar el sombrero. Frunció el ceño un poco más, luego sin decir nada cambió mi sombrero a uno menos ridículo. De repente pensé, ¡qué demonios! Te traje en avión, en primera clase, te está pagando y te está dando ropa gratis. De modo que cierra la boca, usa el sombrero y haz lo que te digan.



El día del desfile, me encontré en los bastidores entre todos los modelos cool, que se veían más como si estuvieran consumidos por las drogas o fueran víctimas de campos de concentración (tiempo más tarde, Rei se metió en problemas por diseñar un conjunto en forma de pijama que algunos críticos equivocados señalaron como muy similares a los uniformes de los campos de la muerte), y me di cuenta de que allí estaba la clase de chicos que más me gusta; mi tipo, si es que existe uno. Podía escuchar el rumor (¿o era el susurro de mis venas bombeando?) de la prensa de moda de primera categoría del otro lado del telón, y de repente tomé coraje. Hasta que me dijeron que saldría primero. Hablando de cosas terroríficas. Antes de salir, debía pasar por las manos de los estilistas y finalmente por el ojo inspector de Rei para un chequeo definitivo. Me miró de arriba a abajo de una sola y crítica vez, y súbitamente tomó el cuello de mi camisa y tiró de él hacia el costado para que cuelgue torpemente. Todo el coraje que había logrado acumular se evaporó instantáneamente, pero me dio una palmada dura de confianza y me condujo a través del telón hacia la pasarela.

Jesucristo, soy un modelo en París. Don Knotts cruzado con la película *Mahogany*. Portada de la revista *Spy*,<sup>1</sup> aquí voy. Pero pensaba, sé valiente, mantén la cabeza en alto y no muestres tu miedo. Caminé hasta el final de la pasarela, di la vuelta y la gente aplaudió con severa tranquilidad. Otros modelos me siguieron. Nadie rió. Comencé a sentirme bastante bien. Es un largo camino desde Lutherville, Maryland, hasta las pasarelas de París. ¿Cómo sucedió esto?

Más tarde, esa misma noche, luego del desfile, hubo una suerte de fiesta para los modelos, ¡y vaya si estos reclutas de Comme des Garçons bebían! Pocos hablaban inglés, ¿pero a quién le importaba? Tal vez estuviesen más desinhibidos por el desfile, pero sin dudas eran amistosos. Estaba en el paraíso. No recuerdo demasiado lo que sucedió luego de la fiesta, salvo estar yendo al hotel

1. Revista mensual satírica norteamericana, publicada entre 1986 y 1998. [N. del T.]

en mi limusina con una pandilla de modelos callejeros locos, jóvenes y borrachos con sus cabezas fuera de las ventanillas aullando a la luna antes de que se bajasen. ¡Qué gran recuerdo parisino! ¿No es divertida la moda? ¿Y saben qué? No terminé en la portada de la revista *Spy*, sino en la de *DNR*, la versión masculina de *Women's Wear Daily*, luciendo... bueno, no tan mal.

Es por eso que ahora, cuando me visto cada día, pretendo ser un modelo. Incluso en Baltimore, donde la gente que amo me insulta diariamente por mis decisiones de moda. “Es una pena lo de ese abrigo”, me dijo un hombre fornido despreocupadamente, al ver mi saco sport de poliéster arrugado de color marrón-albóndiga, mientras estaba sentado al lado suyo una noche de viernes en el Holiday House, uno de mis bares de motoqueros favoritos. El saco que mi antiguo tintorero trató de “arreglar”, sin darse cuenta de que había sido diseñado por Rei Kawakubo para no poder ser planchado sin importar cuantas veces se lo intentara. Es cierto, este gran saquito tenía en su interior instrucciones más complicadas que las necesarias para armar una bomba atómica, ¿pero quién podría entenderlas? Solo yo sabía que esta prenda con aspecto de haber sido comprada en Value Village había costado en realidad mil dólares. “Gracias”, contesté, mientras le pedí un trago al motoquero y lo vi sacudiendo su cabeza ante mi camisa a rayas, manchada permanentemente con lo que parece ser aceite. Dado que estaba en un bar de la clase trabajadora, pensé que me adaptaría mejor luciendo este tributo de Comme des Garçons a los mecánicos grasientos de todo el mundo. Si tenía suerte, tal vez alguien frotaría más grasa sobre mi camisa luego de que cerrase el bar. “Viene así de fábrica”, traté de explicar antes de que notase los pantalones cuadriculados de Comme des Garçons, los que tienen paneles de otro material cosidos en el extremo de cada pierna y parecen haber sido modificados precipitadamente, como si uno hubiese pegado un estirón de repente. “Una cerveza”, masculló, pasando por alto piadosamente mis zapatos oxford diseñados por Rei Kawakubo, que vienen con los agujeros pero sin los



cordones; solo elástico debajo de la lengüeta que los mantiene mágicamente en tus pies (método copiado por todos los diseñadores de zapatillas alrededor del mundo).

Al día siguiente es sábado, lo que significa que es día de visita a mis padres, y dudo mientras elijo un atuendo. Ellos saben acerca de “esa señora cuya ropa te gusta”, pero trato de no usar las mayores locuras de Rei para no iniciar una pelea, como mi saco sport de lamé dorado parecido al que usó Elvis en la portada de su disco *50.000.000 Elvis Fans Can't Be Wrong* [50.000.000 de fans de Elvis no pueden estar equivocados]. Bueno, Diez Víctimas de la Moda No Pueden Estar Equivocadas tampoco, pero decido ahorrarme el disgusto a mis padres. Rechazando también mi chaqueta favorita de alfombra de retazos blanca —el saco sport que se parece tanto a una alfombra de baño sucia que los extraños se ríen en mi cara—, descarto a su vez la camisa azul con salpicaduras rosas. “¿Compraste eso?!” vociferó mi padre (que falleció en junio de 2008 a los noventa y un años) la primera vez que la vio; y debo admitir que una camisa que hace que uno se vea como un blanco móvil para una pistola de paintball tiene cierta cualidad estilística de avanzada. Incluso *yo* dudé antes de salir de casa con la camisa puesta, pero hay días en los que se necesita una moda desfachatada.

Hoy no puede ser ese día. Me abalanzo sobre mis pantalones CDG favoritos, pero luego lo pienso dos veces, esos con las costuras deshilachadas; los pantalones que se deshacen literalmente sin caerse mientras los usas. “No te preocupes, se ponen peor”, me dijo la vendedora con un guiño mientras firmaba el recibo de la tarjeta de crédito. Y ciertamente sabía que no debía usar mis zapatillas Comme des Garçons puntiagudas de cuero rosado, que también tengo en color naranja. De hecho, también compré los seis colores disponibles en el modelo de lona. No me canso de las zapatillas puntiagudas de Rei —y durante el verano en Provincetown las acomodo en fila en el piso como una suerte de instalación—, pero hoy debo tener cuidado, porque voy a la casa de mi familia. Zapatillas rosas y papá son una pelea a punto de suceder.

Tratando de ser conservador, y recordando las risotadas de burla de mis padres cuando les mostré el recorte de la nota de *Women's Wear Daily* en la que la ya fallecida Eleanor Lambert me mencionaba entre los Hombres Mejor Vestidos, me puse mi saco rayado gris diseñado por Rei para verse normal del lado externo. En la parte de adentro era una historia muy diferente, por supuesto: arrugas de satín azulado como de ataúd que hacen a uno más gordo y listo para el sepulturero le dan al saco una locura interior que se puede mantener en secreto mientras permanece abrochado. Eligiendo finalmente mi camisa “dada vuelta” de Comme des Garçons con los bolsillos cosidos en el interior, volviéndolos de esa manera imposibles de usar, imaginé que esta “teoría de la moda” era demasiado complicada para ser percibida por civiles de la moda como mis padres. Me arriesgué y usé las zapatillas de la misma línea “dada vuelta”. Sabía que mi mamá y papá no notarían el número y el modelo pintados en el exterior del calzado y esperaba que no se diesen cuenta de la lengüeta sacudiéndose al viento por encima de los cordones. Estar “dado vuelta” en términos de moda es la mejor manera para visitar a tus padres, si uno puede ser sigiloso al respecto y retirarse antes de que se enojen por la idea.

Ahora es sábado a la noche y me dirijo al Kitty Kat Bar, mi boliche favorito de ska/punk, repleto de skinheads no-racistas y chicos punk, más enojados y lindos aún porque son muy grandes ya para tener una banda. Si es verano, sé que puedo ponerme el saco que usé en la *première* del musical de la versión nueva de *Hairspray* en el Kennedy Center sin problemas, ese que *The Washington Post* llamó “el saco sport más feo del mundo”. Podría resultar lastimado si usase este saco horrible con un estampado similar al logo de Dunkin' Donuts diseñado por Rei en la calle, pero en este gran antro nadie se da cuenta, ya que los chicos se visten como integrantes del IRA durante el pico del conflicto. Recuerdo una noche de año nuevo en el Kitty Kat Bar en la que llevaba puesto un atuendo ridículo, probablemente mi saco escocés verde de Comme des Garçons, encogido terriblemente por Rei al arrojarlo a la secado-

ra en vez de mandarlo a la tintorería. Con mi corbata favorita de dos tonos de Comme des Garçons mal cosida y con rasgones falsos, me sentía listo para llamar al año nuevo. Justo en la llegada de medianoche, todos estos chicos se envolvieron el rostro de repente con bufandas, pasamontañas, subieron el cierre de sus buzos y corrieron afuera a la calle y llevaron a cabo el espectáculo de fuegos artificiales más demente que jamás haya visto. Fuegos artificiales de poder industrial. Puro ruido y nada de belleza. Explosiones como de bombas en una calle diminuta en vez de un estadio. Los vecinos se pusieron como locos, llegó la policía y todos se dispersaron aterrorizados. Si Rei Kawakubo hubiese estado allí esa noche se hubiese inspirado tanto...

¿Cuán lejos puedes llevar la moda en la zona obrera de Baltimore? Kildaire, mi bar favorito durante una época, sigue allí, pero bajo una nueva administración. Durante un corto período de tiempo, este bar de mala muerte tenía un lugar especial en mi corazón empapado de vodka. Me gustaba ir allí solo. Luego podían pasar cosas. Nunca algo malo, porque me vestía apropiadamente. Comme des Garçons puede ser sutil, sobre todo si el peligro acecha. Tengo puesto un saco de Rei que se ve casi normal desde lejos, pero de cerca la tela azul parece manchada. Algunos podrían decir que con manchas parecidas a las del semen. Chorreado. “Huellas de pija” glamorosas, si ustedes quieren. La clientela, en su gran mayoría masculina heterosexual, blanca, vestida como Eminem y que baila enfebrecida y solitariamente al ritmo de música rap de gánsters, no nota el detalle sartorial. Pero sé que tengo puesto un saco matador, y mientras estoy sentado solo maravillado ante la escena delante mío (¿dónde están las chicas?) me siento aceptado. Seguro, saben quién soy, pero no parecen impresionados en lo más mínimo. El DJ, el único hombre negro en el lugar, honra mi presencia pasando el tema “Puke” [“Vómito”] de Eminem cada vez que entro por la puerta; pero este pequeño homenaje no significa que sea un cogedor de celebridades. “Ey, John”, me dice un pueblerino joven colocado pero lindo de una manera

asustadiza mientras hace contacto visual, “mira esto”. De repente hace pogo contra la mesa cercana a la pista de baile con toda su fuerza, astillando la madera enfrente mío. Mientras se levanta y me sonrío con vergüenza, aplaudo sus pasos de baile destructivos y me siento muy feliz de vivir en Baltimore, vestido secretamente por Rei Kawakubo.

Pero esperen, unos escalones más abajo detrás de la entrada hay otro bar. ¿Y adivinen para quién es? ¡Los Hell Angels! De verdad. Los verdaderos líderes de la moda del universo. Siempre han sido buenos conmigo, sin importar cuán poco masculina haya sido mi ropa. También los Fat Boys; otra pandilla local de motoqueros que conozco hace años por frecuentar otro bar de la misma calle. Una vez incluso fui al club secreto de los Fat Boys, era tan en la onda de *Scorpio Rising*. Sin embargo, uno de los Hell Angels más importantes era un hueso más duro de roer. Le tomó diez años saludarme, pero luego de aceptar aparecer en *Adictos al sexo* fue de lo más cordial. Le pregunto al apuesto “wigga”<sup>2</sup> pogueador “¿quieres venir abajo y tomar algo?”, maravillado por el hecho de estar en un bar convertible, ¡dos en uno! Abajo: motoqueros; arriba: chicos blancos gangstas. ¿Podría haber una mejor disposición?! Pero “noooooo”, responde asustado el imitador de afroamericanos, “¡ni loco voy ahí abajo!”.

Qué demonios. Bajo solo en plena confianza con mi ropa. Quiero decir, los motoqueros tienen el mejor look posible, pero es un estilo en vías de extinción. Los chicos malos jóvenes ya no quieren ser motoqueros; quieren ser negros. Desafortunadamente para los jóvenes en la actualidad, el de los Hell Angels es un atuendo de Noche de brujas. Es un look confuso también. En el único local de Baltimore que vende ropa de cuero para motoqueros hecha a medida hay dos clases de clientes muy diferentes: los motoqueros hétero y la multitud sadomasoquista gay, y ambos atraviesan la crisis de los cuarenta. Los hombres S&M también tienen pro-

2. Wigga (white-nigger): Persona blanca que emula el estilo de las personas de color. [N. del T.]



blemas de reclutamiento. La juventud gay no siente culpa de ser homosexual; ya no necesitan ser castigados con paletas y látigos. Sin embargo, los entusiastas de mediana edad de las culturas motoquera y gay terminaron usando el mismo look pero con intenciones muy diferentes. No tienen otra opción que comprar a la par, sin mirarse a los ojos. Ahora entiendo por qué los motoqueros no me golpearon por vestir ropa de *Comme des Garçons*.

En algunos establecimientos de bebidas de Baltimore, los clientes están tan felizmente borrachos que puedes modelar el atuendo más ridículo de *Comme des Garçons* y nadie estará lo suficientemente sobrio como para darse cuenta. Dimitri's, durante la última llamada a la barra, es el lugar perfecto para usar mi ridículo saco marrón cuadriculado parecido a Burberry con un pedazo del mismo material cosido en la cola, haciéndolo muy largo. El cuadriculado no concuerda, y esa tela extra agregada por la diseñadora le da al saco la apariencia vergonzosa de una falda. Muchas noches me lo pongo antes de salir, me veo en el espejo y me acobardo. Pero no esta noche; es tarde y qué me importa, necesito nuevas anécdotas. Después de todo, esta es la taberna en donde le pregunté estúpidamente a un tipo “¿De qué vives?”, y él dijo “¿Puedo ser franco?”. Cuando contesté “Seguro”, él respondió con total naturalidad: “Canjeo carne de ciervo por crack”. Esto no se puede inventar. A los guionistas de Hollywood les pagan fortunas para que se les ocurran este tipo de diálogos, y yo los consigo gratuitamente. El único problema es que, en Dimitri's, muchos de los clientes del karaoke están tan ebrios y tienen un acento de Baltimore tan cerrado que, cuando intentan conversar, solo pueden gritarte en la cara a todo volumen en una especie de jerga excitada que solo un local (y me refiero a uno de cuatro cuadras a la redonda) podría llegar a entender. A mí no me molesta y grito en respuesta, sin tener idea de si mi respuesta encaja con sus preguntas. Pero estoy seguro de una cosa: nunca nadie ha notado mi ridículo saco marrón cuadriculado de *Comme des Garçons* que se ve como una estúpida falda. ¡Y tengo sesenta y tres años!

Caminando hacia la salida, un joven de apariencia ruda que tenía él también su propio aspecto ridículo —ropa suelta estilo gueto— me sigue y se presenta, “¡Ey! Mi papá te conocía de BJ's”. Bar de blancos legendario y atemorizante en esa misma calle demolido hace tiempo, BJ's fue usado como locación de la escena final de mi película *Pecker*. “¿Quién es tu papá?”, pregunto, recordando con cariño la noche en la que entramos al baño con un amigo para mear y quedamos cara a cara con dos drogadictos fumando crack. “Lárgate, Curley”, le ladró uno a mi amigo, y dimos media vuelta y huimos. “Está muerto”, respondió con tristeza el chico, “pero me dijo que te cuidaba la espalda en BJ's y solo quiero que sepas que yo te la cuidaré de ahora en más cuando vengas”. Ahora, a eso llamo yo ser aceptado. Y cuidado. Estaba conmovido. Quién sabe, tal vez la próxima me ponga mis zapatillas *Comme des Garçons* de lamé dorado.

Vestirse a la moda en Nueva York es otra historia. “Vestido con lo mejor de su estilo de feria americana”, ha escrito muchas veces la prensa cuando voy a algún evento con lo más nuevo de la “ropa de vago” de Rei Kawakubo. Pero aquí puedo usar mi saco “Yo, un cuaderno” —el que está realizado con tela igualita a la portada en blanco y negro de los cuadernos de todo niño escolar— sin que nadie se asombre. A veces los extraños me preguntan “¿Eso es de *Comme des Garçons*?”. Puedo calzarme mis botas beatle horribles de imitación de piel de serpiente dorada y cobre, que me compró Mary Boone en *Comme des Garçons* para mi sexagésimo cumpleaños, y algunos reconocerán que no salieron de la batea de ofertas de local de zapatos Flagg Brothers. Incluso si voy a Prune, mi restaurante neoyorquino favorito, y uso mi saquito elegante de otoño que se cierra torcido y me cuelga de manera poco favorecedora, nadie se burlará. Los neoyorquinos comprenden que a veces todo el mundo necesita vestirse torcidamente.

Solamente en Manhattan me atrevo a usar perfume. Y es el Odeur 53, la fragancia de Rei Kawakubo que para mí huele exactamente como el repelente de insectos Off! Lo mejor acerca de Odeur

53 es que el aroma no dura mucho. “A Rei no le gusta el perfume para hombres”, trató de explicar innecesariamente una persona de ventas. ¡No hace falta que me convenzan!, me encanta la idea de un perfume que desaparece. Diseñado para “confrontar a la nariz” —la gacetilla de prensa de este “anti-perfume” era arte en sí mismo—, “una memoria del aroma... ingresando al mundo de la abstracción por medio de un sentimiento... el futuro, el espacio, el aire”. Con una seriedad increíble, Rei enlistó los ingredientes *inorgánicos*: “La frescura del oxígeno, secador de ropa al viento, esmalte para uñas, goma quemada y la intensidad mineral del carbón”. ¡Eso es exactamente cómo quiero oler! ¡¿Cómo lo supo?!

Hay que ser cuidadoso con la moda en la playa. Y Rei Kawakubo se niega a reconocer las estaciones, a menudo incluyendo el poliéster sofocante o la lana en la ropa de verano, o saquitos cortos con costuras enrejadas que hacen al viento de halcón de Nueva York algo todavía más peligroso para tu cuerpo flacucho. En Provincetown trato de encajar. Siempre estoy en mi bicicleta, por eso no puedo usar los pequeños y sofisticados mocasines de gamuza naranja de Rei porque podrían resbalarse de los pedales, o sus pantalones “de doble de riesgo de moda” negros con las tiras que cuelgan que podrían engancharse en los rayos. Y como amo las minorías y Provincetown es un pueblo de pescadores gays, paso el tiempo en los dos bares hétero. Mi primera parada es siempre bajando los escalones en el Bradford, un bar grande poco conocido ubicado debajo de un karaoke popular de transformistas para turistas de la calle Commercial. La clientela está integrada por los reposidores que trabajan en el supermercado del pueblo y se niegan a mirarte a los ojos en las góndolas, los operarios del pueblo que faltan a sus trabajos de renovación de todas las nuevas reformas de condominios, y los hétero del pueblo que crecieron en un pueblo gay y tienen sus reparos respecto de la mayoría homo sin llegar a ser homofóbicos. Hay una mesa de pool y un DJ que pasa solo rap. Me hace acordar a esa película de Jodie Foster, *Acusados*, en la que su personaje es violado sobre un pinball por

un grupo de idiotas de New Bedford. Por lo general uso el saco CDG marrón que Rei Kawakubo pintó apresuradamente con un aerosol negro antes de ponerlo en el estante. Se nota porque, si se da vuelta el cuello, se puede ver que se olvidó o, mejor aún, *decidió* no pintar debajo. Es un saco muy feo pero me hace sentir... bueno... del pueblo. Muchos de los clientes de este lugar podrían ir a sus casas, pintar con aerosol sus uniformes diarios y listo: estarían a la moda. (Pero sabiamente decido guardarme esa información para mí.)

Si no pasa nada en ese lugar, voy del otro lado de la calle al Old Colony, que era un bar de pescadores pero en la actualidad es un lindo lugar para alcohólicos en ciernes. Parece el set de una película de ballenas, y hay un poco de vómitos en temporada alta. Dado que la gente te choca mucho, me gusta usar un saco azul que, si lo ven bien de cerca, se dan cuenta de que no, no necesita ser limpiado; esas manchas de café son parte de la tela. De esta manera, si un pescador borracho te vuelca su bebida encima, lo has transformado en un diseñador de moda y ni siquiera se dio cuenta.

Mi verdadera pasión es hacer dedo, y lo hago bastante en Provincetown. Tengo un cartel que dice LONGNOOK BEACH de un lado y PROVINCETOWN del otro. Muy de la época de la gran depresión (como en la actualidad). Pero funciona. Los autos me levantan inmediatamente; es como parar un taxi. Trato de verme muy *vagabundo*, aunque sin dar miedo. Si está algo fresco incluso estaré usando un saco sport (el verde, bastante conservador de Rei, que luce completamente normal salvo por un gran botón horrible, como de payaso, en el frente). Pero cuando la temperatura se dispara, elijo el saco liviano tipo pijama, tan *pacato* y al mismo tiempo tan de institución mental *Titicut Follies*. Por lo que sé, Rei jamás ha diseñado un traje de baño masculino, y tiemblo de solo pensar lo que podría hacer: ¿cordones que cuelguen hasta las rodillas? ¿Shorts con líneas de bronceado falsas rojo remolacha? Una razón para vivir.



También tengo una casa en San Francisco. Mi imperio de repugnancia sigue expandiéndose y me alegra tanto pasar tiempo nuevamente en la primera ciudad fuera de Baltimore en la que mis películas tuvieron éxito (mucho antes que en Nueva York). Vivo en un gran departamento en Nob Hill, a solo cinco cuadras de donde acostumbraba a estacionar y dormir en el auto en 1970. No me siento tan distinto. Todavía me visto como si viviese en la calle. El clima es tan perfecto para la moda aquí; siempre apenas fresco, de modo que puedo usar mi saco preferido de Comme des Garçons todo el año. Es un saco sport tradicional de tres botones hermosamente confeccionado, pero Rei debe haber tenido una visión estilística el día en que lo terminó, porque arrancó con ira todo el cuello. Ahora está harpiento, y la suciedad se mete en los cortes, pero “la *mode* que destruye” nunca se vio tan hermosa. De todos mis sacos CDG, éste es el más odiado por los tintoreros. “¡No! ¡No! ¡No! ¡No lo arreglen!” tengo que decir siempre cuando observan el saco con una expresión de asombro. Para empeorar las cosas, me gusta usarlo junto a una camisa de vestir blanca abotonada hasta el cuello (copié a David Lynch, quien inventó este look) con una mitad del frente del cuello en negro, lo que siempre da una ilusión óptica extraña al usarse con una corbata negra.

Estoy obsesionado con tomar el transporte público en San Francisco para sentirme como un verdadero local. Leí acerca de alguien en L.A. que toma colectivos solo para levantarse gente. ¿Un “marica de trasbordo”? Yo no sería muy bueno en esto, ya que cuando me subo a un colectivo la gente del Área de la Bahía comienza a reírse. No mal intencionadamente. Y no pienso que sea por lo que lleve puesto (un saco liviano negro de cuatro botones con la tela de los hombros teñida de gris en un diseño que hace juego con una camisa blanca CDG que tiene un pedazo de tela verde cosido extrañamente en el frente sin motivo aparente). No, es solo que no esperan verme. “¿Qué haces en un colectivo?!” preguntan, como si esperasen que tenga mi propio móvil y chofer. ¿Qué puedo decir? Soy solo un modelo del pueblo y los recorridos de colectivo son mi pasarela.

La boutique Comme des Garçons de la calle 22 Oeste en Nueva York es mi favorita de todos los locales de Rei. Al entrar, en términos arquitectónicos se siente como si hubieses entrado al juego de las tazas del parque de diversiones. Tomoko es mi vendedora favorita... no, perdón, guerrera de la moda. Aunque creo que tiene un buen sentido del humor, se toma muy en serio a sus clientes. Una vez me llamó por teléfono a las diez de la noche a Provincetown; y como era algo tarde para una “noche de colegio” (las noches de los días de semana antes de las horas de escritura del día siguiente), no contesté, pero escuché su voz en la contestadora automática. “¡Ya la tenemos!”, anunció sin aliento. Tropezando desde mi cama, donde estaba leyendo, levanté el teléfono, preocupado de que estuviese en algún tipo de problema. “¿Qué cosa tienen?”, pregunté desconcertado. “¡La nueva línea!”, respondió sin la menor sugerencia de estar bromeando. “¿Es una especie de *fashion emergency*?”, pregunté medio en broma. “Bueno... sí”, declaró como una dealer de droga orgullosa. “Pensé que querría saber que pasamos todo por la aduana.” “¿Estaba llamando desde el aeropuerto?! ¡Dios, qué genial! “¡Por supuesto que quiero saber, Tomoko! Gracias por llamar, iré a ver las cosas nuevas el primer día en que vuelva a Nueva York.” Dijo “Buenas noches” y cortó. Dormí más tranquilo esa noche, sabiendo que Tomoko me protegía en las trincheras de la moda.

He estado en el local insigne de Tokio solo dos veces: una vez en el viejo de Aoyama y después en el nuevo de Minamiaoya, Minato-ku, que abrió en 1998. Lo mejor de comprar allí es la mujer que parece ser la gerente, aunque ese cargo no parezca muy apropiado. Ella es, simplemente, la mujer Comme des Garçons definitiva y ha trabajado allí durante años. Su nombre es Keiko Mimoto y su edad es incierta, lleva puestos unos atuendos CDG tan feroces que ni siquiera estoy seguro de que estén a la venta, y luce exactamente como una bruja. Una bruja impresionante y estilizada como la de *Blancanieves* con los dientes torcidos. Imperiosa y defectuosa de una manera original, difícilmente sea lo que uno



espera saludar al ingresar a una boutique de moda de alta categoría. Estoy en verdad asustado de su elegancia. Nadie jamás se burlará de su “look”, sin importar cuán *kawakubeada* luzca. No es una víctima de la moda; es una autoridad misma. Por poco uno espera que te ofrezca una manzana envenenada. Yo la comería. Hago una referencia a su divinidad estilística.

El local londinense de Rei Kawakubo, en el mercado de la calle Dover, es uno de sus experimentos más recientes: una tienda Comme des Garçons que también vende artículos de otros diseñadores que Rei se digna en proclamar. Tienen que verlo para creerlo. Seis pisos, mil doscientos metros cuadrados de moda desquiciada. O, como dice Rei, “una atmósfera continua de potente y hermoso caos”. En otras palabras, “¡¡ATRÉVANSE A COMPRAR AQUÍ!!”. Se ingresa luego de ponerse carteles extraños de taxidermista, y si hay algo que deseen probarse, hay baños químicos en vez de probadores, y si compran algo hay que pagar en las cajas con aspecto de casuchas salidas de Mortville,<sup>3</sup> que recuerdan a Tent City, Estados Unidos. Es verdaderamente la desconstrucción de las tiendas que tal vez recuerden de su juventud. Hay cortinas preciosas de terciopelo, pero están rasgadas y destrozadas con agujeros que señalan la idea de un ataque de polillas hambrientas. Para alienar un poco más al cliente tradicional, hay rap y metal oscuro que resuena en vez de música ambiente. Hay una librería repleta de oscuros y antiguos libros de arte. Y sí, hay un comedor, pero aquí se llama “café orgánico”. Es tan espaciado que parece una burla a cualquier tipo de apetito. ¿Menú del día? El día que estuve había chivirías. ¡Delicioso! Tomaré dos platos, por favor. En el sótano hay una disquería, y me sorprendió descubrir que no conocía a ninguno de los músicos a la venta. En la parte de atrás está mi sector favorito. Hay que agacharse para casi gatear a través de una apertura que conduce a una sección completa de “ropa

3. Villa miseria ficticia donde transcurre la película de Waters *Desperate Living*. [N. del T.]

de duende”: prendas diminutas, encogidas, sorprendentes, demasiado pequeñas incluso para los hombres japoneses extremistas de la moda más delgados y severos.

Nunca fui a los Guerrilla Stores de Rei Kawakubo, pero quiero abrir uno en Baltimore, similar a los que comenzó a montar en 2005 en zonas no aburguesadas de diferentes ciudades europeas. Como las películas del Dogma 95, Comme des Garçons tiene una serie de pautas estrictas para sus locales que se explican en *Guerrillazine. Extracts of a Corporate Nightmare* [Guerrillazine: Extractos de una pesadilla corporativa], una guía de compras y manual de instrucciones combinados cuya portada está acribillada a balazos. Uno puede imaginarse a Rei Kawakubo clavando sus “reglas de guerrilla” en la puerta de Gap o Banana Republic como una Martin Lutero obsesionada con la moda.

“Regla número uno: El local de guerrilla no durará más de un año en cada ubicación.” Una herejía para Baltimore, un pueblo en donde las palabras “a la moda” son casi absurdas. Sin embargo, es ideal para los diez compradores de este lugar que podrían llegar a disfrutar ser clientes de CDG.

“Regla número dos: El concepto para el diseño de interiores será proporcional al espacio existente.” ¡Perfecto! Y sé justo dónde ubicar el que administraré en Baltimore. Armistead Gardens, un barrio construido originalmente como un complejo habitacional para el flujo de personas que venían a trabajar a las fábricas durante la Segunda Guerra Mundial. Ha sido llamado el “gueto blanco” de “rancheros pobres” por su “modernidad actualmente pasada de moda”. Hay un cementerio estupendo cerca, donde está enterrada Maelcum Soul, la estrella de mi antigua película *Eat Your Makeup*. Nadie jamás va de compras a Armistead Gardens.

“Regla número tres: La ubicación será elegida de acuerdo a la atmósfera, conexión histórica, situación geográfica alejada de áreas comerciales establecidas o algún otro rasgo interesante.” Bueno, recuerdo haber visto la casa perfecta. Una casita revestida en vinilo, bloques de concreto y el diseño de piedras típicas de Baltimore. En

donde, conduciendo, tratando de espiar locaciones para un guión que estaba escribiendo, vi a una mujer increíble del tipo de Russ Meyer salir con su bebé recostado sobre sus pechos enormes de silicona, los cuales no podían ser disimulados ni siquiera debajo de un abrigo de invierno. Se veía tan atrevida, tan exagerada, que seguí imaginando biografías ficticias de ella en mi mente. Allí va: una clara bailarina exótica que además es una madre soltera de Armistead Gardens. Intentando llegar a fin de mes, como todo el mundo, camino al trabajo, dejando a su hijo en la guardería antes de ir a hacer *lap dances* para pagar la hipoteca. Su casa es el lugar perfecto para una boutique Comme des Garçons-John Waters oculta.

“Regla número cuatro: La mercadería será una mezcla de todas las temporadas, prendas y accesorios nuevos y viejos...” ¡Ya me puedo imaginar el local! Se ingresa por debajo de una escalera, para dar mala suerte, y ahí se ven las prendas femeninas más radicales de Comme des Garçons exhibidas en muebles con fundas de plástico: los sweaters con agujeros a propósito o los pantalones con una pierna de más, que mi amigo Dennis Dermody describió una vez como “una prenda previamente usada por ex gemelos siameses”. También estarán las prendas fallidas, las colecciones CDG que no me gustaron. La ropa masculina estampada con la lengua del disco *Sticky Fingers* de los Rolling Stones, y cualquier cosa con algún personaje de caricaturas en su diseño, especialmente Oswald the Rabbit. Pondré todo esto en el extraño mingitorio femenino dentro del baño, ese que pediré prestado del baño de mujeres del autocine cercano, Bengies. Este inodoro real, realizado y luego abandonado en los cuarenta, era para que las mujeres hicieran pis paradas. ¿No me creen? Vayan a verlo ustedes mismos. Entren al baño de mujeres del autocine (el mismo en el que filmamos la escena final de *Cecil B. Demented*) y allí está, en la pared de la derecha, solitario, rogando ser usado.

El área principal de exhibición de nuestro pequeño local de guerrilla estaría dentro de la sala de estar. Tendríamos estantes que se vendrían abajo al tocar los clásicos “Hiroshima chic”, pero algún

vendedor servicial —del programa de recuperación Man Alive, medicado con metadona— los esperaría y asistiría en su búsqueda. En la cocina diminuta, nuestra nudista inspiradora dejaría algo de pit beef<sup>4</sup> para picar, y si el clima estuviese húmedo habría un raspador de hielo oxidado y algunas botellas de los sabores más oscuros de jarabe (como natilla) para hacer helados de hielo. Pero no se pongan *muy* cómodos. Ni bien intenten sentarse, serán levantados por petisos que abandonaron la escuela del barrio escondidos debajo de los almohadones de los muebles y “rechazados” de la misma manera como lo hacía el sillón de *Pink Flamingos* luego de que Divine lo lamiese. ¿Y el pago? Bueno, se aceptan cupones para alimentos emitidos por el Estado.

“Regla número cinco: Los socios afrontarán la responsabilidad del alquiler y Comme des Garçons mantendrá al local comprando la mercancía a un precio reducido o con posibilidad de devoluciones.” “¿Precio reducido?” Sí, tienen ofertas en Comme des Garçons, ¿pero qué pasa con lo que no se vende? Siempre escuché acerca de la gran hoguera de Comme des Garçons, pero no estoy seguro de que no se trate de un mito del mundo de la moda. Supuestamente, el último día, posterior a la liquidación final, se quemó en un lugar secreto el stock remanente (lo que nadie en todo el mundo quiere, ni siquiera al 80% de descuento) en un fogón para evitar que termine en un outlet común y corriente. Aun si este cuento no es cierto, ¿no podríamos hacer la hoguera de verdad por primera vez en mi local de Baltimore? ¡Piensen en la foto increíble que sacaríamos! ¿No podría Rei encender el primer fósforo? Piensen en el humo contaminante del poliéster y el acetato elevándose por el barrio de Armistead Gardens, y el hechizo mágico que podría ejercer sobre los vecinos desprevenidos. El éxtasis del rechazo, el arrebató de la no-disponibilidad y la visión de “ábrete sésamo” de

4. Plato de asado típico de Baltimore (y Maryland en general), que consiste en arrojar el corte de carne directamente sobre el carbón y luego cortarlo en rodajas finas para comer en pan. [N. del T.]



Rei podría convertir a esta hermosa sección de bajos recursos de Baltimore en una meca internacional de la moda.

Rei, tengo una lista de deseos para usted. Sé que está ocupada. Entiendo que no toma notas, pero tengo algunas ideas para prendas futuras por las que le pagaría mucha plata con gusto. Odio los casamientos; nunca me he divertido en uno en toda mi vida. Sé que ha diseñado un vestido de novia negro con el velo blanco, y fue tan *Modern Bride* de avanzada. ¿Pero qué tal algo para que yo use en un casamiento y poder despejar mi mente de la presión romántica a mi alrededor? Algo secreto, porque no soy una persona maleducada y nadie querría que su atuendo opaque al de la novia o novio. ¿Qué tal un traje elegante de lana negra digno de Vincent Price: aparentemente conservador y hermosamente ejecutado por fuera, pero revestido con la piel de los ratones que anidaron debajo del capó de mi auto en el garaje —mordisqueando el conjunto de cables y causando casi mil dólares de daños— por dentro? Usar tapados de piel siempre hace que uno se vea viejo, pero el revestimiento de piel de ratones envenenados o atrapados me parece políticamente correcto; sobre todo cuando los pequeños hijos de puta tenían amigos armándose la casa dentro del compresor externo de aire acondicionado de mi casa de Baltimore, masticando los cables. De no haber descubierto a estos pequeños aspirantes a las películas *Ben, la rata asesina* y *Escalofrío*, y de haber prendido el aire acondicionado el primer día de calor, estos okupas inoportunos habrían sido molidos por las palas del ventilador interno y sus gases mortales habrían viajado por el caño hasta mi casa en toda su gloria descompuesta. ¿Entonces qué mejor propósito podrían tener sus muertes que ser recicladas como moda? ¡Incluso sus cabecitas podrían ser diseñadas como botones para los bolsillos internos!

Hablemos de los pantalones del traje. ¿No podrían tener “rodillas gastadas” falsas? Le gusta ver a la gente caer; he aquí el recordatorio perfecto para sus clientes de lo que le da placer. Ya ha hecho camisas con cuello triple, ¿pero qué tal una con un brazo

extra en la espalda, para que cuelgue debajo del saco, del que nadie excepto yo verá o sabrá? Por supuesto que la corbata —una prenda que amo y que usted parece raramente diseñar— deberá estar cubierta de buenas manchas de sopa. Sabemos cuán difícil y caro es limpiar correctamente una corbata, de modo que podrá cobrarla al doble y seguirá siendo un buen trato, ya que jamás habrá que llevarla a la tintorería.

Las medias soñadas que diseñará solo para mí no harán juego y estarán estiradas y con agujeros por donde pasará el dedo gordo (“medias de verano”, tal como las llamábamos). Sus cinturones me darán dos vueltas y estarán preparados para posibles estrangulaciones auto-eróticas. Sería demasiado vulgar pedirle que diseñe ropa interior con “manchas de mierda” falsas, ¿pero qué tal bóxers blancos desteñidos a propósito al lavarlos con una carga de ropa de color?

Pero Rei, mi último deseo es un par de zapatos Pic ‘N Pay falsos, escalofriantemente sofisticados, que espero que me diseñe para usar dentro de mi ataúd cerrado (tal como lo expresa mi testamento). Como los que usaba el “bombardero de los zapatos” parecido a Moe Howard ese día a bordo del avión. Oxfords feos y zaparrastrosos, cuya fealdad ha sido negada por tu “sobriedad implacable”, según lo escrito por los críticos. Zapatos con cables y mechas colgando. Y verdadera dinamita en su interior. Calzado atemorizante y agresivo: el accesorio perfecto para mi atuendo final. Los gusanos entran, los gusanos salen; los gusanos juegan a las cartas en mis narices. Entonces estaré listo para despegar hacia el cielo de *Comme des Garçons*.